

Giuseppe Marcocci

Indios, chinos, falsarios  
Las historias del mundo en el  
Renacimiento



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Indios, cinesi, falsari. Le storie del mondo nel Rinascimento*

Traducción: Andrea Saavedra

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth

Ilustración de cubierta: Pinturicchio: *El príncipe Djem*, conocido como «El Pequeño Turco» (detalle de *El Papa Pío II, en Ancona, bendice la flota a punto de partir hacia Tierra Santa*, fresco). Biblioteca Piccolomini, Siena.

© AGE / Bridgeman

Selección de imagen: Carlos Caranci Sáez

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2016, Gius. Laterza & Figli. All rights reserved.

© de la traducción: Andrea Saavedra, 2019

© Alianza Editorial, S.A., Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-9181-519-8

Depósito legal: M. 9.682-2019

Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Preámbulo
- 19 Agradecimientos
- 23 1. Historiadores en un mundo en transformación:  
hoy y en el Renacimiento
- 23 La historia en la era de la globalización
- 32 Mogoles y otomanos escriben la historia del mundo
- 43 Intentos renacentistas: el mundo más allá de América
- 50 Hacer la historia del mundo: ¿una vuelta atrás?
- 54 El descubrimiento de un Renacimiento global
- 63 2. Las alquimias de la historia: un falsario desem-  
barca en América
- 63 Un franciscano en Nueva España
- 71 Motolinía y los relatos de los indios
- 83 Las falsificaciones de Annio da Viterbo
- 93 Lectores de Annio a ambos lados del Atlántico
- 102 Relatos annianos: del Nuevo Mundo a China
- 108 3. China, los godos y Cortés: recordando las espe-  
cias en un hospital de Lisboa
- 108 El Renacimiento y los antiguos chinos
- 120 Historias que Galvão oyó en las Molucas
- 130 Ramusio y las navegaciones de los antiguos
- 139 El mundo en movimiento de Galvão
- 148 Otros libros, otros descubrimientos: La Popelinière y  
Hakluyt

- 154 4. De Baviera a los Andes: las peripecias de un *best seller* del siglo XVI
- 154 Guamán Poma y el mundo visto desde Perú
- 162 Böhm y la diversidad de costumbres del mundo
- 171 Los filósofos antiguos y los etíopes
- 179 Lectores europeos de Böhm
- 187 El enigma del «Yndiario» de Guamán Poma
- 199 5. Historias de éxito: polígrafos venecianos al servicio del gran público
- 199 Libros a vender: *Historie del mondo* de Tarcagnota
- 209 El mundo de Giovio entre historias y curiosidades
- 219 Patrizi, Tarcagnota y la «historia amplia»
- 228 La moda del mundo: historias, «novedades», hábitos
- 233 Campana defiende las historias del mundo
- 244 6. Entre jesuitas e imperios ultramarinos: el ocaso de las historias del mundo
- 244 Maffei y la historia misionera
- 252 Acosta entre naturaleza y cultura
- 259 La geopolítica del mundo: el exjesuita Botero y el aventurero Sherley
- 271 Ascenso y caída de Herrera, cronista del rey
- 280 Raleigh y el fin de las historias del mundo
- 287 Conclusiones
- 291 Notas
- 329 Índice onomástico

# Preámbulo

Los rostros que hoy vemos en muchas ciudades del mundo cuando caminamos por sus calles, lo mismo que los artículos que se exhiben en los escaparates de las tiendas, remiten a lugares muy lejanos y a las más diversas culturas. Tendemos a asociar todo esto con la globalización, fenómeno reciente según una generalizada opinión que la entiende como proceso de creciente homogeneización del planeta a consecuencia de la interdependencia económica de sus distintas partes y de la creciente semejanza del estilo de vida de sus habitantes. La indudable aceleración que se ha producido en los últimos treinta años en la transformación de las relaciones entre los seres humanos y el mundo suele ir acompañada de un discurso público que evoca una nueva comunidad humana global, fundada en el respeto a los derechos y las diferencias. Las migraciones y las guerras nos recuerdan día a día el abismo que se abre entre esta retórica y la realidad. Además, las sociedades de nuestra época parecen carac-

terizarse por un pacto tácito basado en el desinterés por el pasado, como si el olvido fuese condición necesaria del respeto a las diferencias y la construcción del sentido de unidad del globo careciera de historia.

Este aspecto constituye una radical diferencia entre el mundo de hoy y el de hace unos cinco siglos, que se enfrentaba a la nueva imagen de sí mismo que surgía paulatinamente como consecuencia de las grandes exploraciones. Si bien las transformaciones que acompañaron a estas exploraciones produjeron un impacto notable en la vida material, la conciencia de la globalidad solo se daba entonces en una minoría, aunque muy heterogénea. A esa conciencia contribuyó que el descubrimiento de América pusiera de manifiesto por vez primera la existencia de continentes hasta entonces mutuamente desconocidos y condujera a la convergencia de sus respectivos tiempos, independientes hasta ese momento, a semejanza de los afluentes de un río antes de unirse en el cauce principal. Fue un hecho sin precedentes, ya que, junto al descubrimiento de nuevas tierras y nuevos hombres, se descubrieron también sus respectivos pasados, pasados que habían dejado una multitud de huellas materiales y de recuerdos transmitidos de las maneras más sorprendentes. El mundo se presentaba así como continente de múltiples historias; pero, ¿cómo reconstruir su polifonía?

Esta pregunta fue objeto de muchas respuestas diferentes, pero no solo se la plantearon los descendientes de los descubridores de América. Como veremos, si hay un fenómeno que confirma el impacto global que las exploraciones y los nuevos conocimientos a que estas die-

ron lugar produjeron en la imagen del mundo, es el hecho de que, aproximadamente en las mismas décadas y en lugares muy lejanos entre sí, hombres con lenguas distintas y pertenecientes a diferentes culturas comenzaron a escribir historias del mundo. Era una reacción al inesperado descubrimiento de la pluralidad del pasado, que repentinamente dejó obsoletos los relatos de las antiguas historias universales. Los resultados fueron muy variados, pero es preciso no caer en la tentación de considerarlos una anticipación de los horizontes de la historiografía actual, que han vuelto a ampliarse al planeta entero. El interés de las historias del mundo que se escribieron en los siglos XVI y XVII reside más bien en que, pese a haber seguido caminos muy distintos de los que luego adoptarían los historiadores posteriores, respondían a una desorientación hasta cierto punto semejante, producida por la pérdida de las coordenadas tradicionales de las respectivas culturas de pertenencia.

Los caminos que transitó quien se aventuraba a escribir una historia del mundo al mismo tiempo que este cambiaba de formas y de dimensiones a los ojos de sus habitantes, revisten interés también en el caso de Europa y las posesiones transoceánicas de sus principales potencias. Esas obras –escritas por inspiración de los imperios ibéricos y de los intentos de franceses, ingleses y holandeses por desafiarlos– terminaron en realidad superponiéndose y entrecruzándose con la recuperación de la Antigüedad clásica en la que hacía tiempo estaban comprometidos los humanistas, con lo que quedó al descubierto un Renacimiento de horizontes mucho más vastos que los que generalmente se le atribuyen. En cualquier

caso, la urgencia por afrontar la historia del mundo valiéndose de materiales e informaciones de las más variadas procedencias dependía a menudo de experiencias de vida particulares. Por eso, este libro presenta un relato lleno de hombres y de historias, un viaje hacia atrás en el tiempo, de México a China, pasando por las islas Molucas y Perú, pero también por los talleres de los tipógrafos venecianos y las grandes cortes rivales de España e Inglaterra.

¿Qué pasado tenían pueblos como los indios de América, de quienes los europeos jamás habían oído hablar hasta entonces? ¿Cómo explicar los testimonios de tiempos remotos de hombres de cuya existencia no daban razón ni la Biblia ni los autores griegos y latinos? ¿Cómo conciliar una imprevista multiplicidad de historias con el creciente sentido de unidad del planeta? En una época de conquistadores y misioneros, estos interrogantes recibieron respuestas creativas que comenzaron a difundirse, dieron lugar a debates y estimularon la circulación y la traducción de obras a través de culturas que, pese a los conflictos confesionales entre católicos y protestantes, y las encendidas rivalidades entre los imperios de ultramar, eran cualquier cosa excepto impermeables. Esto no quita, sin embargo, que la opción de dar voz a la historia de pueblos sometidos o enemigos pudiera crear no pocos problemas en esos tiempos de hierro, en los que las grandes potencias políticas y religiosas aspiraban a controlar la imagen del pasado para legitimar su acción en el presente. Este es precisamente el motivo por el cual, entre los autores que aparecen en este libro, algunos escribieron en situaciones marginales, como el exilio, el hospital o la cárcel, y rara-



mente sus obras fueron impresas. Otros, en cambio, escribieron para el mercado, mientras que los que adoptaron el punto de vista de un imperio determinado o de la orden religiosa a la que pertenecían, contribuyeron a fijar modelos que restringían los espacios de autonomía y de experimentación. Por tanto, se presta particular atención a las circunstancias en las que se redactaron aquellas historias del mundo, además del entramado de estas con las experiencias personales de sus respectivos autores.

Junto a muchos trabajos recientes que empiezan a modificar la imagen de lo que, por una convención eurocéntrica, seguimos llamando Edad Moderna, y que nos invitan a observarla con una perspectiva más amplia y menos lineal a partir de un mundo dominado por el equilibrio entre grandes imperios globales, este libro tiene una deuda especial con dos estudiosos italianos que han abierto el camino a un nuevo modo de estudiar las transformaciones de la cultura europea ante los interrogantes que plantearon las grandes exploraciones: Rosario Romeo y Giuliano Gliozzi<sup>1</sup>. Sus investigaciones, publicadas en dos momentos muy distintos –la segunda posguerra y la década de 1970–, tenían en común una lectura renovada de las fuentes y la tendencia a entretejerlas según criterios originales que desvelaron panoramas históricos insospechados. En todo caso, en las páginas que se leerán a continuación, la historia como forma de escritura y de conocimiento adquiere una centralidad que no tiene en Romeo ni en Gliozzi, y, sobre todo, no se limita el análisis al impacto del Nuevo Mundo, sino que trata de mostrar de qué manera el descubrimiento de América formó parte de una reorientación cultural más

general y compleja que provenía de una nueva relación con el mundo en su conjunto, no solo con una parte de él. La mirada global en esta materia resulta inevitable para quien pase una temporada de investigación en la John Carter Brown Library de Providence, en Estados Unidos, por ejemplo. Allí se conserva un extraordinario depósito de libros sobre América publicados entre el descubrimiento y 1800. La biblioteca responde aún hoy a la finalidad con la que se creó la colección, cuyo núcleo original data de la primera mitad del siglo XIX, esto es, la de incluir en su seno todo volumen que contenga siquiera unas líneas en relación con el Nuevo Mundo. Pero al recorrer las fichas del catálogo manual se tiene la impresión de que cualquier intento de ordenar en rígidas clasificaciones los títulos de la biblioteca publicados en los siglos XVI y XVII está destinado a toparse con el horizonte global de su contenido.

No se pretende en este libro sugerir que en el Renacimiento las historias del mundo hubieran llegado a constituir un género de escritura histórica maduro y definido. Los que aquí se examinan fueron intentos de dar noticias de un nuevo horizonte del conocimiento que, tras abrirse en la primera mitad del siglo XVI, agotó su impulso a comienzos del XVII. Y puesto que se trataba de un universo de manifestaciones culturales profundamente arraigadas en contextos históricos precisos, se optó conscientemente por evitar toda aspiración de exhaustividad y adoptar un curso de investigación centrado en casos específicos de estudio, aunque mostrando los nexos entre los fragmentos de lo que fue en realidad un acontecimiento intelectual mundial.

Unas palabras sobre la organización interna del libro y el contenido de sus capítulos aclararán el plan de conjunto. El inicio está dedicado a los historiadores actuales que se enfrentan al desafío de la historia global, las resistencias con que esta historia se encuentra y las diversas formas de practicarla. En este ámbito es donde ha tomado forma el interés por las historias del mundo escritas en siglos anteriores, al que a primera vista podría remitirse también este libro. Sin embargo, responde a una perspectiva diferente, pues se centra en la novedad de las historias del mundo escritas en la era de las exploraciones, no consideradas como una simple fase de la evolución de las historias universales que llega al presente, sino como la expresión de un breve momento del Renacimiento en la que maduraron interrogantes que en parte se asemejan a los actuales, aunque las respuestas sean radicalmente distintas. El análisis de algunos ejemplos de historias del mundo escritas por autores mogoles u otomanos en los siglos XVI y XVII permite comprender más acertadamente la coyuntura global en la que esos intentos tuvieron lugar, así como rechazar toda posterior insistencia en la presunta excepcionalidad de la historiografía europea renacentista.

El libro, por tanto, aborda cuatro formas distintas de relato histórico del mundo en el Renacimiento. El fraile franciscano Toribio de Benavente, conocido como Motolinía, que llegó a México en los años inmediatamente posteriores a la conquista española, se halla entre los primeros que dieron forma a la idea de las antigüedades del Nuevo Mundo, sobre la cual apoyar su atormentado esfuerzo por incorporar el pasado de los indios a la historia

del mundo, lo que logró hacer mediante la adaptación de sus fuentes y relatos orales a una visión difusionista de los orígenes de la humanidad, si bien modificada por los inventos de un falsario de éxito, Annio da Viterbo. Este, por su parte, estuvo en el epicentro de un agitado debate sobre la historia de la América precolombina –que contó con la intervención del fraile dominico Bartolomé de las Casas, el gran defensor de los derechos de los indios–, antes de servir también de fuente de inspiración a leyendas fantásticas acerca de la fundación del Imperio chino.

Entretanto, el portugués António Galvão, después de haber pasado unos años como capitán en las Molucas, las islas de las especias, había llegado a concebir una imagen alternativa de la historia del mundo en torno a la idea de un movimiento incesante de hombres y mercancías. En aquellas islas habría recogido directamente de sus habitantes el relato de una dominación anterior de los chinos en el océano Índico. En su original historia del mundo, de edición póstuma, proyectó ese relato a la antigüedad más remota hasta llegar a hacer de los chinos los primeros pobladores de América. La obra de Galvão, que se inspiraba en un escrito del veneciano Giovanni Battista Ramusio, no fue reeditada en Portugal hasta el siglo XVIII, tal vez porque ensalzaba a los españoles como los verdaderos protagonistas de la mundialización ibérica; sin embargo, a finales del siglo XVI fue redescubierta por lectores y traductores que fomentaban la reedición de proyectos ultramarinos de Francia e Inglaterra.

A comienzos del siglo XVII se ponía finalmente término a la excepcional crónica escrita en castellano por un indio del Perú, Guaman Poma de Ayala, quien con ella

buscaba recuperar la historia de los pueblos andinos sometidos al Imperio español. Para eso entretejió recuerdos y narraciones tradicionales sobre épocas precolombinas con noticias acerca de la historia del Viejo Mundo. Esta original combinación encontró su justificación en la reivindicación de la variedad cultural del mundo, que constituía el fundamento de la comparación de costumbres que proponía el tratado enciclopédico de un humanista alemán, Hans Böhmer (Johannes Boemus). Esta obra, que en realidad Guaman Poma jamás leyó, fue un *best seller* del Renacimiento. Las peripecias de su circulación, entre traducciones, nuevas redacciones y plagios, revelan por qué, aun sin ser una obra de historia, pudo inspirar la redacción de historias del mundo.

Finalmente, de las prensas tipográficas venecianas salía por entonces un producto menos complejo, *Historie del mondo*, de Giovanni Tarcagnola, publicada desde comienzos de la década de 1560, con agregados de sus seguidores. Esos volúmenes, regidos por una técnica narrativa basada en la simultaneidad con el fin de conectar entre sí los acontecimientos, tuvieron gran éxito entre los lectores y terminaron sufriendo una enconada competencia. Entre las obras que a finales del siglo XVI se publicaban de manera ininterrumpida para satisfacer las demandas de un mercado aparentemente insaciable, se cuenta la del gentilhomme Cesare Campana, de L'Aquila, que llegó a incluir un discurso en defensa de la redacción de historias del mundo.

Esa multifacética tendencia a conectar entre sí los distintos pasados del planeta se debilitó con la penetración de los holandeses y los ingleses en Asia y en América a

partir de finales del siglo XVI. Si bien los jesuitas Giampietro Maffei y José de Acosta, aunque con el mismo propósito de glorificar la proyección global del celo misionero de la Compañía de Jesús, abordaron la historia de las Indias Orientales el primero, y de las Occidentales el segundo, con enfoques opuestos, la amenaza de una expansión de la Reforma protestante más allá de los confines de Europa indujo a convertir la imagen dinámica que se desprendía de las historias del mundo en un conocimiento estático de naturaleza geopolítica. Era el camino señalado por *Relationi universali*, del exjesuita Giovanni Botero. Este camino también se recorrió en sentido contrario, que es como se puede interpretar el tratado *Peso político de todo el mundo*, terminado por el aventurero inglés Anthony Sherley en 1622. Por entonces ya se habían consumado las apariciones interrelacionadas de dos historias del mundo, escritas respectivamente por el cronista español Antonio de Herrera y Tordesillas y el explorador y cortesano inglés Walter Raleigh, quien solo pudo publicar el primer volumen de su *History of the World*. Cuatro años más tarde, en 1618, su decapitación, al regreso de una desastrosa expedición en América en busca del mítico El Dorado, bajaba el telón sobre las historias del mundo escritas en el Renacimiento.

# Agradecimientos

Este libro tiene su origen en una generosa invitación de Serge Gruzinski a dictar un ciclo de seminarios en la École des Hautes Études en Sciences Sociales, en París, entre mayo y junio de 2013. Más adelante, su redacción se ha visto enormemente favorecida por el privilegio de estancias prolongadas, merced a becas de estudio, en la John Carter Brown Library de Providence, Rhode Island (EE. UU.), durante los meses de abril y mayo de 2015, y en el Instituto Universitario Europeo, en Fiesole, entre enero y marzo de 2016.

He podido beneficiarme de la lectura parcial o integral del libro que han realizado Lucio Biasiori, Paola Molino, Ottavia Niccoli, Alessandro Pastore, Adriano Prospero y Sanjay Subrahmanyam. A todos ellos mi sincero agradecimiento.

He contraído además una deuda con colegas y amigos que han examinado este proyecto conmigo, me han ayudado a corregir los errores y animado a seguir adelante.

## Agradecimientos

Son: Louise Bénat-Tachot, Fernando Bouza, Lodovica Braidá, Kathryn Burns, Hal Cook, Christian De Vito, Roquinaldo Ferreira, Jorge Flores, Carla Forti, Bérénice Gaillemín, Luís Filipe Silvério Lima, Paolo Marini, Peter Miller, Rolando Minuti, James Muldoon, Paolo Procaccioli, Felipe Rojas, Antonella Romano, Neil Safier, Jean-Frédéric Schaub, Stuart Schwartz y Nancy van Deusen. Espero que el resultado final no los decepcione demasiado.

La edición española de este libro simplemente no existiría sin el apoyo desinteresado de José Antonio Martínez Torres, al que doy las gracias de corazón.



## Advertencia

Las citas de las fuentes se proporcionan siempre en castellano, incluso cuando los originales estén escritos en otras lenguas. Cuando ha sido posible, se ha escogido vulgarizaciones de la época o bien versiones contenidas en ediciones modernas. En los casos restantes, las traducciones deben atribuirse a la entera responsabilidad del autor.



# 1. Historiadores de un mundo en transformación: hoy y en el Renacimiento

## La historia en la era de la globalización

Vivimos en una época en que el tiempo se comprime. La rapidez de los desplazamientos y la posibilidad de comunicarse en unos instantes con quien se halla en el otro extremo del mundo nos producen la sensación de estar inmersos en el vórtice de un eterno presente, ya sin futuro que construir, y a la vez separados de un pasado que, obsoleto y extraño, se aleja a toda velocidad. A ese pasado parecen cada vez más pertenecer los historiadores, guardianes de un saber antiguo. Como sucedió en un momento dado con los artesanos, que poco a poco fueron desapareciendo ante el triunfo de la sociedad industrial, el cuidado con que realizan sus pulidas manufacturas ya no basta para asegurarles la subsistencia. Pero el reproche no solo recae sobre la enorme cantidad de libros que escriben y que tienen cada vez menos lectores.

Hubo una época, ya lejana, en que los historiadores tomaron distancia respecto de la tarea, que se les atribuía en el siglo XIX, de identificar los orígenes del presente para favorecer la cohesión de la comunidad nacional en formación. A partir de entonces se han dedicado preferentemente a desmontar verdades que se habían dado por adquiridas, a deslegitimar interpretaciones consolidadas. Al mismo tiempo, se han topado con el impulso a liberarse del peso del pasado, connatural a toda época nueva.

Desde hace más de un siglo, la historia ha sido objeto de múltiples ataques. En tiempos aún recientes se la ha acusado de no ser otra cosa que un género literario que fabrica su propio objeto, de la misma manera en que proceden las novelas con sus personajes y la trama del relato<sup>1</sup>. Luego se anunció pomposamente su muerte<sup>2</sup>. Pero la historia no desapareció. Se la siguió estudiando, escribiendo y enseñando. Mientras tanto, en los últimos treinta años se han multiplicado transformaciones sociales y económicas que hacen de la creciente complejidad del mundo algo más próximo a la experiencia cotidiana común, pero a la vez más difícil de aprehender. De esta manera, aumentan las incertidumbres de los historiadores y, con ellas, la desorientación de sus potenciales lectores. A veces estos últimos, al hojear un libro de historia, se sienten como el chino o el indio imaginados por Voltaire, a quienes, al querer informarse sobre las causas de las guerras interminables que azotaban Europa en aquel momento, se le hubiera respondido, no sin cierto embarazo, «unos creen en la gracia versátil y otros en la gracia eficaz»<sup>3</sup>.

En la actualidad se pide a la historia que formule preguntas y proponga análisis capaces de abordar socieda-

des de composición cultural cada vez menos uniforme. La solución no estriba en inventar un pasado a la medida del presente.

Hoy está muy difundida la insatisfacción respecto de la idea de una excepcionalidad intrínseca de Europa, y luego de Occidente, de la misma manera en que resulta cada vez más arbitraria la pretensión de aplicar al resto del mundo esquemas e interpretaciones elaboradas por la historia europea. Esta insatisfacción conecta un sector del público de lectores –potencialmente global si comparten una de las lenguas vehiculares de nuestro tiempo– con la comunidad internacional de los historiadores, en la que hoy se enfrentan estudiosos procedentes de una variedad de tradiciones intelectuales y lingüísticas sin precedentes. De esta manera, hay estudios cada vez más conscientes y elaborados que tratan de sacar a la luz la polifonía de la historia, la densidad de los múltiples pasados del mundo que se resisten a la homogeneización que pretendieron imponerles los esquemas elaborados por los estudiosos occidentales de los siglos XIX y XX. Salvo raras excepciones, sin embargo, aún es fuerte la desazón de los que abandonan paisajes históricos familiares para aventurarse en nombres de lugares y de hombres a veces por completo ignotos, que llenan libros en los que se reconstruyen acontecimientos total o casi totalmente desconocidos y se analizan fuentes de archivo escritas en idiomas que no dominan. También ha de haber experimentado una sensación de ignorancia quien haya intentado poner en práctica la lección de Marc Bloch sobre historia comparada que, entre muchas otras cosas, advierte acerca de los errores que se cometen cuan-